

Ofrecemos, a continuación, nuestra traducción del decreto:

CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS

BARCELONA

BEATIFICACIÓN y CANONIZACIÓN

DE LA SIERVA DE DIOS

MARÍA MONTSERRAT GRASES GARCÍA

FIEL LAICA

DE LA PRELATURA PERSONAL DE LA SANTA CRUZ Y OPUS DEI

(1941-1959)

DECRETO SOBRE LAS VIRTUDES

«Soy hija de Dios». «Cuando tú quieras, como tú quieras, y de la manera que tú quieras». «*Omnia in bonum*».

Estas tres jaculatorias, que María Montserrat Grases repitió con mucha frecuencia, describen de manera adecuada su recorrido espiritual. La conciencia vivísima de la filiación divina le movió a cumplir amorosamente la voluntad de Dios Padre, con la certeza de que todo lo que él nos envía es siempre para nuestro bien.

María Montserrat Grases García, conocida familiarmente como Montse, nació en Barcelona (España) el 10 de julio de 1941 y fue bautizada

nueve días después. Era la segunda de los nueve hijos que tuvieron Manuel Grases y Manolita García.

La infancia y la adolescencia de la Sierva de Dios transcurrieron en el ambiente sereno de una familia cristiana. Los padres de Montse eran fieles del Opus Dei y procuraron hacer de su casa un hogar luminoso y alegre, siguiendo las enseñanzas de san Josemaría Escrivá.

Después de cursar la enseñanza secundaria, que alternó con los estudios de piano, Montse ingresó en una escuela profesional estatal. Le gustaban los deportes, el senderismo, la música, las danzas populares de su tierra y la representación de obras de teatro. Tenía muchos amigos y amigas.

Sus padres le enseñaron a tratar a Jesús con confianza, y contribuyeron a la formación de los rasgos sobresalientes de su carácter: la alegría, la sencillez, el olvido de sí, la preocupación por el bien espiritual y material de los demás. Durante su adolescencia, con algunas compañeras de estudios, solía visitar a familias pobres de la ciudad de Barcelona y daba catequesis a niños, a los que en ocasiones llevaba juguetes o caramelos. Tenía un temperamento vivaz, espontáneo. A veces, sus reacciones eran un poco bruscas, aunque sus parientes y profesores recuerdan que luchaba por dominarse y ser amable y jovial con todos.

En 1954, su madre le sugirió frecuentar un centro del Opus Dei que ofrecía formación cristiana y humana a chicas jóvenes. Poco a poco, se dio cuenta de que Dios la llamaba a este camino de la Iglesia y, el 24 de diciembre de 1957 —tras meditar, orar y aconsejarse con sus padres—, pidió ser admitida en el Opus Dei, entregándose por completo a Dios en el celibato apostólico.

A partir de entonces, se esforzó con mayor decisión y constancia en buscar la santidad en su vida cotidiana. Se propuso un intenso plan de vida espiritual diario, que incluía la participación en la Santa Misa, el rezo del santo Rosario, la lectura del Nuevo Testamento y de libros de espiritualidad, y otras prácticas de piedad. Además, cultivó un auténtico espíritu de penitencia, con mortificaciones corporales generosas, el ofrecimiento al Señor de muchos pequeños sacrificios a lo largo del día y la lucha por mejorar su carácter.

Era asimismo constante en su afán por acercar a Dios a sus amigas y compañeras, en sus circunstancias ordinarias. Por ejemplo, convertía los ratos de deporte en ocasión de dedicarse al prójimo y de transmitir a los demás la paz que da vivir cerca de Dios.

En diciembre de 1957, durante una excursión al monte, se cayó y se dio un golpe en la rodilla. Parecía un incidente sin importancia, pero pasaron los días y los dolores no remitían; más aún, crecían en intensidad. Después de acudir a varios médicos, en junio de 1958 le diagnosticaron un sarcoma de Ewing en el fémur de la pierna izquierda. Cuando sus padres le comunicaron que padecía esta afección incurable y mortal, Montse reaccionó con gran paz y visión sobrenatural, a la vez que siguió buscando agradar a Dios en su vida diaria.

La enfermedad le ocasionó dolores intensos, que fueron en continuo aumento. La Sierva de Dios ofreció sus sufrimientos por la Iglesia, por el Papa, por el Opus Dei y por tantas intenciones concretas que le pedían sus parientes y amigas. Pensaba en el prójimo más que en sí misma y nunca se lamentó por su situación; al contrario, manifestó siempre una alegría contagiosa. Acercó a Dios a muchas de las personas que acudían a visitarla. Los que estuvieron cerca de Montse fueron testigos de su progresiva unión con Dios y de cómo transformó el sufrimiento en oración y en apostolado: en santidad. Una de sus amigas afirmó que, cuando la veía rezar, palpaba su proximidad con Cristo.

Desde su petición de admisión en el Opus Dei, la Sierva de Dios había emprendido seriamente un camino de santidad en medio del mundo, de manera que la enfermedad la encontró preparada para alcanzar en el dolor la cima del heroísmo en la práctica de las virtudes.

Murió serenamente el Jueves Santo, 26 de marzo de 1959. Fue enterrada dos días después. En 1994, sus restos mortales fueron trasladados a la cripta del oratorio de Santa María de Bonaigua, donde se encuentran actualmente.

Desde el primer momento, fueron muy abundantes los testimonios sobre su fama de santidad —que actualmente está difundida en numerosas naciones— y las noticias de gracias y favores obtenidos a través de su intercesión.

Montse falleció en plena juventud, poco antes de cumplir los 18 años. A pesar de esta brevedad, su vida constituyó un auténtico don de Dios para quienes la trataron y para aquellos que la han conocido después, porque desempeñó sus ocupaciones habituales encendida en amor a Dios y a los demás, y acercó a muchas almas a Jesús con su piedad, su sonrisa, su sencilla y heroica generosidad. Su correspondencia temprana al amor de Dios es un ejemplo que ayudará a muchas personas, especialmente a los jóvenes, a comprender la belleza de seguir a Cristo en la vida ordinaria.

El proceso informativo sobre la fama de santidad, las virtudes en general y los milagros fue instruido en Barcelona de 1962 a 1968. Cuando se promulgó la nueva legislación sobre las causas de canonización, el arzobispo de Barcelona, después de nombrar una comisión de peritos en materia histórica para recoger los documentos complementarios, ordenó la instrucción de un proceso diocesano adicional, que tuvo lugar en 1993.

El Congreso peculiar de consultores teólogos, celebrado el 30 de junio de 2015, respondió afirmativamente a la pregunta sobre la práctica heroica de las virtudes por parte de la Sierva de Dios. De la misma manera se pronunció la Sesión Ordinaria de los Emmos. y Excmos. Miembros del 19 de abril de 2016, presidida por mí, cardenal Angelo Amato.

El que suscribe, cardenal prefecto, presentó al Sumo Pontífice Francisco una relación detallada de todas las fases anteriormente expuestas. El Santo Padre, recibiendo y ratificando el parecer de la Congregación de las Causas de los Santos, en fecha de hoy ha declarado solemnemente: *Constan las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, tanto con Dios como con el prójimo, así como las virtudes cardinales de la prudencia, justicia, templanza y fortaleza, con sus virtudes anejas, en grado heroico, y la fama de santidad de la Sierva de Dios María Montserrat (Montse) Grases García, fiel laica de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, en el caso presente y a los efectos de que se trata.*

El Santo Padre ha dispuesto que se publique este decreto y se transcriba en las Actas de la Congregación de las Causas de los Santos.

Dado en Roma, el día 26 del mes de abril del año del Señor 2016.

ANGELO Card. AMATO, SDB
Prefecto

L. + S.

✠ MARCELLO BARTOLUCCI
Arzobispo tit. de Bevagna
Secretario